



# Encuestas electorales: ¿Pronósticos científicos o pasatiempos mundanos?

Francis Korn  
CONICET-Instituto de Ciencias Sociales y Políticas, Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires

María Esther Gené, **Imagen ígnea**, 1996. Acrílico sobre tela, 110 x 95cm.

*A pesar de que las predicciones de las encuestas electorales a menudo no se cumplen, o lo hacen solo parcialmente, estos instrumentos estadísticos de medición de opinión son esperados por público y candidatos cada vez con mayor avidez. ¿Cuáles son los problemas y límites de las encuestas?*

*'La mayoría de las reputaciones de sabiduría siguen el mismo camino: en cuanto se establece el prestigio, disminuye la capacidad de acierto.'*

Fernando Savater, *A caballo entre milenios*.

Una vez más las elecciones presidenciales francesas de 2002 volvieron a exponer el problema al que hicimos referencia tantas veces: el conjunto de los votantes se negó a comportarse como las encuestas previas se lo indicaban. A menos de una semana de la primera ronda de este acto electoral, los pronósticos anunciaban una segunda vuelta entre el candidato del centro derecha (Jacques Chirac) y el de la izquierda (Lionel Jospin). La primera vuelta se mostró rebelde a este mandato y proclamó, en cambio, una segunda vuelta entre ese primer candidato y el de la derecha más dura (Jean-Marie Le Pen).

Volvió a repetirse este hecho inquietante: lo que predicen las encuestas de opinión realizadas sobre la base de supuestas muestras del universo de votantes no se conforma, en un número desmedido de casos, con lo que la teoría de las muestras predice. Dicho de otro modo: la población completa de votantes (única cuyas respuestas se pueden conocer cuando se indaga sobre opiniones) refuta la conjetura probabilística sobre la que se basa la teoría de las muestras. Esto ocurre, sin distinción, en el 'primer mundo' (el caso de Fran-

cia al que aludimos, los varios en España, los que se produjeron en Gran Bretaña y tantos más) y en los 'otros mundos': Perú, la Argentina, Chile, por ejemplo, fueron 'escenarios' de múltiples errores de predicción de este cariz. En varios de estos casos, inducidos por los resultados de las encuestas finales llamadas de 'boca de urna', varios candidatos tuvieron que soportar el papelón de festejar una elección que no habían ganado (el caso de Aznar en su primera candidatura viene rápidamente a la memoria).

Para que se comprenda mejor nuestra preocupación, es dable insistir en que solo en el caso de elecciones se puede comparar el comportamiento predicho a partir de una muestra de los votantes con el comportamiento real en el momento en que se emitieron los votos. Es decir, esta es casi la única situación en que a la larga podemos conocer el universo del que se predijo algo por muestra (siempre nos estamos refiriendo a encuestas de opinión). Si en estos casos los resultados de la comparación nos dicen que entre la predicción y el resultado final no hay acuerdo, surge un sinnúmero de inquietudes sobre cuál es el demiurgo de esta disparidad. Los responsables de las encuestas, que deben defender su empresa a toda prueba, generalmente culpan a los votantes de mentirosos, de indecisos o, de manera más general, señalan cambios producidos a último momento, 'nuevos escenarios', que tuercen la voluntad original de esa entidad designada por el sustantivo colectivo 'el electorado'. En el primer caso, que atribuye falta de buena fe o volubilidad a los electores, podría concluirse que si el alma del que elige es efectivamente tan poco confiable por naturaleza, el esfuerzo del pronóstico, aun cuando deje más desempleados en el camino, no vale realmente la pena. La otra respuesta que dan los responsables de las encuestas ante el resultado negativo de sus diagnósticos es la de decir que lo que surge de una encuesta de opinión tomada sobre una muestra de población vale exclusivamente para el momento mismo en que se la elige. Dicho en los términos de algunos: 'la muestra es una radiografía de la población en el momento en que se la toma y vale solo para ese momento'. En este caso, perturba el hecho de que si solo vale para el lapso en que se pregunta algo a los componentes de la muestra y luego todo puede variar a discreción, ¿de qué sirve el esfuerzo de preguntar nada a nadie si un minuto después todo puede ser distinto?

Algunos de los problemas teóricos y prácticos que surgen a partir de la disidencia entre el resultado de las predicciones a partir de una muestra y lo que se manifiesta cuando se conoce el resultado en el universo, son los que enumeramos a continuación.

### **La clase de relación entre una muestra y el universo del que proviene**

Todo encargado de producir una encuesta de opinión basa la confiabilidad de sus resultados antes que nada sobre la forma 'científica' de elegir los casos de la muestra. Esta forma consiste básicamente en elegirlos al azar. Si este requisito es cumplido, todo dato que surja de la muestra se lo toma como 'científicamente' trasladable al universo. Si esto es así, una vez conocido el universo, los datos de ambos conjuntos debieran coincidir por definición. Si no coinciden, y, sobre todo, si muchas veces (la mayoría de ellas) no coinciden, la pregunta parece ser ¿la relación entre una muestra de población y el universo del que proviene es una relación analítica, o sea, una relación establecida por la lógica? Para decirlo de otro modo, ¿esa relación está establecida por definición (como la de los resultados de la suma o la multiplicación) o es una hipótesis que debe ser empíricamente puesta a prueba, es decir, una relación sintética? Si se tratara de una relación analítica y suponiendo que la mayor parte de las muestras que se toman sobre el mismo universo y para averiguar lo mismo y al mismo tiempo se toman con los recaudos que la elección al azar especifica, ¿por qué los resultados de las varias empresas encuestadoras difieren? Y, más importante aún, ¿por qué ninguna, en tantos casos, acierta con lo que pronostica? Si la relación, en cambio, es sintética, es decir, si se trata de una relación hipotética entre las muestras tomadas al azar y los universos de donde surgieron, entonces los casos en que las encuestas electorales y los resultados de las elecciones no coinciden, son otras tantas refutaciones a esa hipótesis, pruebas ineludibles de que la teoría en la que se basan no es buena.

### **La volubilidad de las opiniones**

Si las opiniones tienen una variabilidad tan pronunciada en tan corto tiempo como el que media entre su medición en una muestra de votantes y el resultado que surge de las elecciones, huelga decir que, independientemente de la relación lógica o empírica entre una muestra y el universo al que pertenece, de poco vale medirlas antes de que se produzca la elección. Todo el procedimiento para medir las opiniones por muestra es demasiado caro para llegar a conclusiones de durabilidad tan precaria.

### **El problema de las encuestas de opinión cuando el universo no va a ser medido**

Cuando no se trata de encuestas electorales sino de encuestas de opinión cuyos resultados no van a



ser comparados con los que surgirían si se midieran en el universo del que la muestra forma parte, ¿cuál va a ser el criterio de confianza en la bondad de esos datos? Si la única vez en que se pueden comparar opiniones de una muestra con las del universo los datos difieren, ¿por qué hemos de creer que cuando no se conocen los datos del universo los de la muestra los representan? Si la relación

entre una muestra y un universo es analítica, es decir está establecida por definición, algo está mal en esa definición –por lo menos en el caso de muestreo de opiniones– porque por definición nunca podría haber diferencias entre distintas muestras del mismo universo ni entre ninguna de ellas y el universo mismo. Si la relación es sintética, es decir hipotética, está probado que es falsa. Demasiadas veces los datos de las muestras y los del universo difieren y, por lo tanto, la relación empírica supuesta no es tal. Y se podría agregar –si los resultados de una encuesta de opinión son, como se afirma, una radiografía del universo en el momento mismo en que los datos son producidos– que esos datos no parecen tener demasiado futuro en cuanto a su utilidad.

Quizá a esta altura sea necesario volver a aclarar (ver 'Lecturas sugeridas') que nuestros comentarios sobre las encuestas de opinión no implican una crítica ni a los trabajos empíricos en ciencias sociales en general, ni a la utilización de datos numéricos, ni a la aplicación de fórmulas estadísticas, ni a la teoría de la probabilidad. Todo trabajo que se conforme con lo que queda claramente establecido en el diseño experimental y utilice para su realización la información necesaria (como en cualquier disciplina científica), como los datos que surgen del problema a

analizar y las formas de tratarlos que resuelvan el planteo de la investigación, bienvenidos sean para el progreso del conocimiento. Pero todo trabajo que utiliza fórmulas o planteos teóricos que dejan dudas tanto teóricas como empíricas, debe ser revisado. El conocimiento no se agranda con un cúmulo de datos, sino cuando los datos mejoran las ideas.

Quizá cabe, antes de terminar, un comentario final sobre la actualidad electoral argentina. Las encuestas electorales de este año en la Argentina, previas a las supuestas elecciones de 2003, y, por lo menos hasta fines de agosto de 2002, presentan una característica sumamente curiosa. Son encuestas electorales (se pregunta qué candidato se prefiere) antes de que se tenga alguna certeza sobre cuáles serán realmente los candidatos y los partidos a elegir. A todos los problemas planteados hasta aquí respecto del valor o la necesidad de realizar encuestas electorales, se agrega ahora esta intrigante novedad: se coloca a los ciudadanos tomados al azar en la situación de inventar el panorama electoral. Si algo de lo que sale de estas encuestas tiene luego alguna semejanza con lo que ocurra en las elecciones, una nota tendrá que agregarse a ellas, como en las obras de ficción, que aclare que todo parecido con la realidad es pura coincidencia. Por otra parte, imaginamos a los encuestados, cuando se les pregunta ahora sobre su 'intención de voto', como a Gertrude Stein, en su lecho de muerte, respondiendo a una amiga entrañable que le preguntó al oído, mientras le tomaba la mano, 'Gertrude, Gertrude, ¿cuál es la respuesta?'. La voz ronca de Gertrude dicen que entonces musitó '¿cuál es la pregunta?'. 



*Francis Korn*: D. Phil. (Oxford), Investigadora Superior, CONICET; Directora del Instituto de Ciencias Sociales y Políticas, Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires. Profesora Titular de Lógica de la Investigación, Posgrado en Historia, Universidad Di Tella.

### Lecturas sugeridas

- KORN F, 1991, 'Encuestas de opinión, ¿pronósticos, diagnósticos o pasatiempos?' en *Errores eruditos*, Buenos Aires, Instituto Torcuato Di Tella, págs 1-13 (y en *Desarrollo Económico*, vol. 34, núm. 136, págs. 609-615, 1995).
- , 1995, 'Encuestas de opinión: respuestas a una crítica de una crítica', *Desarrollo Económico*, vol. 35, núm. 138, págs. 329-330.
- JORRAT JR, 1995, 'Encuestas de opinión: evaluación de una crítica y referencias de la literatura para mejorar esta práctica', *Desarrollo Económico*, vol. 35, núm. 138, págs. 317-329.